



Conflictividad antagonica en la configuración de identidades colectivas. El populismo en Laclau y su aplicación a la política argentina.

Javier Gastón Noble Antas

Licenciado en filosofía por la Universidad de Murcia.

Resumen: Ante la aparición de diversos gobiernos de corte progresista en América Latina, denominados comúnmente *populistas*, y los fuertes antagonismos que las políticas integradoras de tales gobiernos han ido produciendo, la teoría de Ernesto Laclau acerca del populismo, expuesta fundamentalmente en su obra *La razón populista*, aparece como una herramienta fundamental para la comprensión de tales procesos, pues es capaz de dar cuenta del porqué de los antagonismos que estos procesos generan sin renunciar por ello a su potencial emancipatorio. Por esta razón, este artículo presenta un análisis de las categorías propuestas por Laclau -atendiendo a conceptos tales como hegemonía, cadena equivalencial o demanda- para finalmente abordar, de forma más breve y con ayuda de estas categorías, la situación política de Argentina en la actualidad, caracterizada precisamente por un fuerte antagonismo.

Palabras clave: populismo, Laclau, significante vacío, hegemonía, identidades colectivas, Argentina, democracia, representación, contingencia, fronteras antagonicas.

Abstract: In view of the diverse progressive governments that have emerged in Latin America, commonly called *populist*, and the strong antagonisms produced by the policies of inclusion promoted by these governments, Laclau's theory of populism, which is mainly exposed in his work *On populist reason*, appears as an essential analytic tool to understand these processes, so it can explain why the antagonisms are produced by these processes without renouncing its emancipator potential. For this reason, this paper sets out an analysis of the categories proposed by Laclau -attending to concepts such as hegemony, equivalencial chain, or demand- to finally address, in a more brief form and with the help of these categories, the current political situation in Argentina, which is characterized precisely by a strong antagonism.

Key words: populism, Laclau, hegemony, empty signifier, collective identities, Argentina, democracy, representation, contingency, antagonistic borders.



Índice

Introducción	3
1. El populismo como espacio de construcción política	4
1. a. Transversalidad de las relaciones de diferencia y equivalencia en cuatro niveles disciplinares.	4
1. b. Contingencia: concepción del discurso y performatividad de la retórica.	6
1. c. La totalidad fallida: la imposibilidad de la sociedad como sistema de significación.	7
1. d. Significantes vacíos: la totalidad como consecuencia de la exclusión.	10
1. e. Correlación del nombre con el liderazgo: Articulación de la lógica equivalencial en el nivel psicoanalítico y político.....	13
1. f. Hegemonía y populismo: repercusión de la contingencia en la configuración del poder y la constitución del pueblo.	19
2. Teoría en práctica o la práctica hecha teoría.....	26
2. a. Situación argentina: fronteras antagónicas radicalizadas en un modelo popular y un falso institucionalismo.....	26
2. b. Del lado de allá y de los otros lados.	31
Bibliografía	37



Introducción

Uno de los problemas históricos de mayor relevancia en América Latina es el de la marginación de grandes sectores de la población del campo político. En las dos últimas décadas, se ha producido en la región un fenómeno que tiende a revertir en alguna medida ese lastre histórico a partir de la aparición de distintos gobiernos populares, cercanos en su discurso a la izquierda, a los que se suele denominar como populistas. Ahora bien, esta aparición en el centro del espacio político de los que antes se hallaban en los márgenes, ha traído consigo un nuevo reto para la izquierda concretado por la aparición de fuerzas, formadas por sectores del poder fáctico, que pugnan por el restablecimiento del viejo sistema. Para comprender este fuerte antagonismo que se ha ido instalando en diferentes países latinoamericanos y, particularmente, en Argentina, en este artículo nos proponemos realizar una breve apreciación de las categorías filosófico-políticas desarrolladas por Ernesto Laclau en *La razón populista*, por tratarse de una obra elaborada desde una perspectiva analítica que reivindica el potencial emancipador de los proyectos políticos latinoamericanos, lo cual nos permite apartarnos de la caracterización despreciativa y simplista que suele imperar en grandes sectores de la academia y la opinión pública españolas, a la vez que nos da una explicación óptima del porqué estas políticas integradoras traen consigo el antagonismo que ya se ha planteado.

Así, en este artículo abordaremos, en primer lugar y de forma extensa, la teoría de Laclau acerca del populismo, para después dedicar un breve espacio a la aplicación de las categorías expuestas a la situación política actual argentina. Finalmente realizaremos una reflexión acerca de la utilidad de la teoría de Laclau y de la experiencia de los proyectos latinoamericanos para comprender, desde una perspectiva heterodoxa, la realidad política europea.



1. El populismo como espacio de construcción política.

1. a. Transversalidad de las relaciones de diferencia y equivalencia en cuatro niveles disciplinares.

Para hablar de una teoría de filosofía política tal como la esbozada por Ernesto Laclau en *La razón populista* pueden adoptarse un número amplio de perspectivas, de entre las cuales privilegiaremos aquella que pone en primer plano la relación existente entre las categorías allí utilizadas y el ámbito de la filosofía política. Es necesario dejar fijado este aspecto debido a la abundancia de lecturas en clave psicoanalítica o sociológica de dicha obra. Hemos optado por trabajar con rigurosidad en la contextualización y análisis de las nociones utilizadas por el autor argentino por dos razones. En primer lugar, porque consideramos que su teoría ha sido tratada mayormente (aunque no en demasía) de una manera escueta y esquemática, distorsionando varios aspectos importantes de la misma. En este sentido, nuestro artículo no rehúye ni desestima la divulgación. Y, en segundo lugar, porque, dicha estrategia, nos permitirá apreciar el funcionamiento de la política interna argentina con un aparato conceptual más adecuado para la comprensión de la misma.

La configuración del modelo de Laclau de 2005 establece una dicotomía de dos relaciones que atraviesan los cuatro niveles de realidad humana: lingüístico, retórico, psicoanalítico y político. El nivel lingüístico es aquél en el que se dotará de forma a todo posible sistema. Este enfoque parte del modelo saussureano que establece la lengua como un sistema en el que existen dos tipos de relaciones posibles entre sus elementos: *combinación* (sintagmáticas) y *sustitución* (paradigmáticas). Así, un signo cumple con ciertas reglas sintácticas para articularse en una proposición, y, la concreción de una de sus posibilidades responde, a la vez, a una elección de un bloque paradigmático o asociativo que provee formas equivalentes válidas para sustituirse unas por otras. Este



eje se reproduce en el nivel retórico bajo las formas elementales de la metáfora y la metonimia. La metáfora jugaría el papel equivalente a la *sustitución* mediante el principio de analogía. La metonimia ocuparía el lugar de la combinación regido por el principio de contigüidad. El enfoque que sigue Laclau en este punto es el de entender el campo de la retórica como un espacio en el que existen una gran cantidad de tropos que pueden ser reducidos a esas dos formas básicas. En el nivel psicoanalítico nos encontraremos con las relaciones de *condensación* y *desplazamiento*¹. La *condensación* funciona como el momento en que una imagen combina un conjunto de imágenes en torno a sí misma, dando lugar a una metaforización del proceso de representación. En el caso del *desplazamiento* lo que impera es el principio de combinación, es decir, en los desplazamientos producidos en el nivel psicoanalítico, se produce algo semejante a lo que sucede en el nivel retórico con la metonimia.²

Finalmente, en el nivel político, lo que propone Laclau es la distinción entre lógicas equivalenciales y lógicas diferenciales. Este par es fundamental en su modelo teórico ya que es el que permite estructurar nociones tales como las de cadenas equivalenciales, significantes vacíos, significantes flotantes y hegemonía. Así, las demandas políticas que se condensan en torno a un símbolo son aquellas que dan lugar a la emergencia de una identidad colectiva, compuesta de múltiples particularidades asociadas a un movimiento ruptural, mediante la lógica equivalencial. La lógica diferencial es aquella que se impone en el campo político cuando las demandas aisladas no llegan a condensarse en un proceso ruptural localizado.

¹ En este nivel puede verse claramente la impronta del enfoque de Althusser en el pensamiento de Laclau en relación a las posibilidades de una perspectiva superadora del materialismo dentro del marxismo. El influjo de este autor puede verse con gran notoriedad en la totalidad de los artículos incluidos en: Laclau, 1978.

² Althusser, en su análisis de las categorías freudianas, señala que en un punto ruptural se condensan un conjunto de procesos sociales, mientras que en una situación en que los procesos no llegan a condensarse en un momento ruptural, lo que se produce es un desplazamiento de los mismos procesos.



1. b. Contingencia: concepción del discurso y performatividad de la retórica.

Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. Esto significa que estos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, "relación" y "objetividad" son sinónimos. (Laclau, 2005: 92)

En la cita vemos que la concepción de la política construida por nuestro autor está marcada por la contingencia y el antagonismo. Para comprender con más claridad esta matriz debe hacerse hincapié en la manera de entender el discurso de Laclau. El modelo del que parte es cercano al de Foucault, que establece la coherencia de una formación discursiva a partir de la regularidad en la dispersión³. De esta caracterización Laclau destaca la importancia de comprender que la regularidad de las dispersiones puede subvertirse al punto de reducir las regularidades como reglas inscriptas en un sistema contingente, es decir, que la regularidad de las dispersiones no vale de anclaje a una estructura, sino de pertenencia a un sistema. Esta dispersión en que se encuentran las regularidades discursivas son las que le permiten a Laclau ampliar su noción de discurso a una totalidad en la que se incluyen todas las prácticas y acciones sociales, rechazando con ello la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas realizada por el autor francés.

En el caso de la concepción de la retórica trabajada por Laclau diremos que se opone a aquella que la entiende como un mero *adorno* del lenguaje. Al producirse un desplazamiento retórico -cuando un término literal es sustituido por otro figurativo- se evidencia que ambos sentidos de un término no son fácilmente separables. Con ello se confirma que la repetida crítica de imprecisión conceptual de las prácticas populistas es producto de una concepción del lenguaje que, en muchas situaciones, se muestra

³ Para ello, Foucault rechaza cuatro aspectos utilizados clásicamente para dar unidad a una formación discursiva: estilo común en los enunciados, referencialidad respecto al objeto, referencialidad respecto a un tema y la constancia de los conceptos (Foucault, 1970: 33- 37).



insolvente para describir situaciones y acontecimientos históricos⁴. Las posibilidades de entender la sustitución, producida en los desplazamientos retóricos, que hace necesario utilizar las palabras en más de un sentido, son dos:

a) porque nos encontramos en un mundo en que existen más cosas que términos lingüísticos para nombrarlas, es decir: se trata de una carencia empírica;

b) porque, como condición de su propio funcionamiento, cumplen con la tarea de nombrar algo esencialmente innombrable, o, dicho de otra manera, existe un bloqueo constitutivo del lenguaje debido a que no es esencialmente literal, sino figurativo.

Esta segunda alternativa nos lleva a la instancia de la retórica clásica que se ocupa de explicar la situación en la cual un término figurativo no puede ser sustituido por un término literal. A esta imposibilidad se la denominó como *catacresis*. Esto último tiene gran relevancia ya que puede emparentarse con la concepción del populismo como el marco en que un pueblo se da nombre a sí mismo. En este sentido, diremos que el acto de constitución de un orden político constituye, básicamente, un acto catacrético.

1. c. La totalidad fallida: la imposibilidad de la sociedad como sistema de significación.

Una vez explicadas las categorías de discurso, estamos en condiciones de darle forma a la propuesta filosófica llevada a cabo en la *Razón Populista*. Para ello debemos recordar que la unidad mínima de análisis de la que parte Laclau es la de demanda (*demand*). La ambigüedad de este término, que significa tanto petición como reclamo, resulta central en el funcionamiento político. La *demand* en cuanto tal puede exceder el orden de los sujetos individuales y, además, en su dimensión de *petición*, da cuenta de una aspiración a un elemento o posibilidad preconstituido al interior de un sistema en vigencia, mientras que, en tanto *reclamo*, expresa un movimiento antagónico hacia algo

⁴ Para una explicación pormenorizada sobre la retórica en la conformación de identidades políticas véase (Laclau, 2005: 91- 162) y (Laclau, 2002: 57- 99).



no existente en la realidad estructurada por un sistema. Con ello, queda reflejada la completa asimetría entre la totalidad (sociedad) y *cualquier actor social que opera dentro de ella* (Laclau, 2009: 53). De esta manera, los extremos de todo el universo discursivo-político de Laclau serían los de un *institucionalismo* sedimentado, por una parte y, por la otra, un *campo popular* desestabilizador del orden vigente, es decir, un sistema que absorbe todo elemento bajo una lógica diferencial y otro que apela a la constitución de un pueblo allí donde el sistema no concibe más que una diferencia o un afuera insignificante. Estos dos polos de la política son los que ejercen de límites del sistema social dentro del cual se establecen las estrategias de diferenciación y articulación de los actores políticos. De modo que se parte del modelo lingüístico de Saussure, el cual establece que todo valor lingüístico de un elemento es producto de una oposición al resto del sistema, es decir, el valor de un signo es su *diferencia*. Así, el proceso de significación acontece al interior de un sistema diferencial. En el nivel político podríamos decir que una sociedad pertenece a un mismo tipo de totalidad que el del sistema de la *lingua* saussureano.

Ahora bien, una lógica de esta índole no tiene manera de delimitarse a sí misma sin una frontera excluyente. Si decimos que algo está fuera del sistema de la sociedad, ¿diremos que ese algo es igual o diferente que lo que existe en su interior? La indecidibilidad del exterior y límite de la totalidad social ante la que nos encontramos permite comprender con más facilidad la necesidad de una lógica equivalencial en el intento de cualquier comprensión conceptual de tal alcance. Quince años antes de escribir *La razón populista*, Laclau, en su obra *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*, trabajaba en la noción de indecidibilidad en relación a cualquier identidad antagónica introducida al interior de un sistema que asuma su carácter contingente. En dicha obra, las consideraciones laclausianas apuntan a contribuir a una crítica que acabe con los resabios hegelianos del pensamiento marxista. Dichos resabios -y punto de partida de su análisis- se encuentran en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la*



economía política (1857) y el *Manifiesto Comunista* (1848). En el primero, vemos que se llega a la descripción de una contradicción sin antagonismo (fuerzas productivas/ relaciones de producción), en el segundo, en cambio, tenemos un *antagonismo* sin contradicción expresado en la afirmación de la lucha de clases, como bien se ve en el siguiente pasaje:

En el caso de la contradicción sin antagonismo vemos que el par fuerzas productivas/ relaciones de producción puede ser reducido a la lógica racional capitalista sin necesidad de una oposición efectiva en el terreno histórico. En el caso del antagonismo sin contradicción lo que sucede es que no se puede hallar ninguna racionalidad histórica que sea contrariada con la oposición existente entre las clases, es decir, si bien una clase impide la plena realización de la otra, no existe ningún patrón que haga de esto una imposibilidad del desarrollo de la historia. (Laclau, 1990: 22)

El intento de escapar a cualquier fundamento o *telos* racional de la realidad e inscribir la teoría en un ámbito contingente, acerca a Laclau a las prácticas derridianas de deconstrucción y también a la inserción de su pensamiento en el campo que comúnmente se denomina *posmoderno*. Más allá de las consecuencias teóricas y académicas, lo que debe retenerse es la idea de que, el colapso de un modelo sistémico, trae aparejado la inestabilidad de los elementos que lo integran. La totalidad social, que era explicada hasta el momento como un sistema de diferencias, pasa a reconocerse como un sistema que no dispone de herramientas para lograr un *cierre* satisfactorio.

... una concepción que intente afirmar el carácter constitutivo de la dimensión de negatividad propia del antagonismo es estrictamente incompatible con una visión objetivista y positiva de lo social. Porque para esta última, si hay identidad entre lo racional y lo real, nada puede ser contingente. (Laclau, 1990: 37)

En el caso del marxismo y el hegelianismo dicho *cierre* -en el terreno de la realidad histórica, esto es, en un enfoque diacrónico de las sociedades- se conseguía bien con la *astucia de la razón*, bien con la afirmación acrítica del devenir de la sociedad bajo las



relaciones de producción o de una afirmación plena de la lucha de clases como actores impulsores del proceso histórico. En nuestro caso el resultante es un sistema relacional sin cierre racional posible y un campo de identidades no constituidas plenamente (Laclau, 1990: 38)⁵. El lugar de esta crítica no es posible en el interior del marxismo, lo cual explica el nombre de *posmarxismo* con el que se caracteriza el intento de superar estas contradicciones integrando elementos del ámbito psicoanalítico.

Este planteamiento desemboca en dos consecuencias claras. La primera es que lo que anteriormente habíamos mencionado a propósito de las regularidades y dispersiones de las formaciones discursivas se repite ahora respecto a la necesidad y la contingencia: las identidades dependen necesariamente de sus condiciones de existencia. La segunda es que una identidad antagónica ejerce la doble función de bloquear la plena constitución de la identidad a la que se opone, mostrando así su contingencia, a la vez que establece un vínculo de necesidad con la misma identidad, a la que se opone, ya que juega el papel de condición de existencia de la misma (Laclau, 1990: 38-39)⁶.

1. d. **Significantes vacíos: la totalidad como consecuencia de la exclusión.**

Volviendo sobre el escenario político configurado por Laclau, vemos que las identidades no preexisten al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él, dando lugar a un campo de representación en el que *relación* y *objetividad* son sinónimos (Laclau, 2005: 92). Para poder estabilizar la imposibilidad de cierre de todo sistema completo de lo social, la categoría de *significante vacío* aportará la doble tarea de, por una parte, determinar el *todo* dentro del cual se constituyen las entidades en tanto *diferentes*, y, por la otra, conseguir que la *totalidad* se desprenda del juego mismo de diferencias, ya que el modelo que se persigue prescinde de todo centro estructural (Laclau, 2005: 94).

⁵ Para profundizar estas cuestiones véase: Laclau, 1996: 11- 41; 69- 86; Laclau- Mouffe, 1987: 129-170; Laclau, 2008; y Laclau, 1990: 111- 148.

⁶ Para desarrollar las consecuencias en la constitución de identidades en un modelo que asume una ausencia de fundamento metafísico- racional- escatológico, véase Laclau, 1996: 11- 41.



Así, la condición de posibilidad de toda significación en el campo de la representación, estará dada por la totalidad de un sistema relacional de diferencias que, sin embargo, asuma un límite que esté en su interior -ya que la exterioridad lo llevaría a ser entendido como una diferencia más del sistema- y que, simultáneamente, acepte la necesidad de un exterior que es contingente en su positividad y es producto de una exclusión radical. El punto que afecta a la exclusión radical de esa parte que configura el exterior del sistema, resulta clave, pues, si la dimensión de exclusión fuese eliminada o reducida, el carácter diferencial de ese “más allá” se impondría, y los límites del sistema resultarían desdibujados (Laclau, 1996: 74). La exclusión de una parte, que funcionará como *más allá* del sistema, se produce mediante una suerte de *demonización* que permite estabilizar los límites del *adentro*, en el que acontece la significación. Aquí llegamos al punto en el que el antagonismo atribuido comúnmente al populismo se hace más evidente y justificado. En su trabajo *¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?*, Laclau nos recuerda que *la parte demonizada* también puede organizarse en una cadena de equivalencias, para poder significarse a sí misma. Esto implica la posibilidad de un significante vacío que incorpore en su significado a identidades agrupadas bajo una lógica equivalencial. Pero, esa misma posibilidad, se abre también para lo que no fue excluido, es decir: la forma de reconocer la pertenencia se apoya en un acto de exclusión radical, que da lugar al proceso de significación. Esta totalidad constituida sobre la base de una *necesaria* exclusión *contingente*, debe explicarse mediante el uso de categorías provenientes del nivel psicoanalítico. Así, lo que no es directamente representable –es decir, lo inconsciente en la totalidad psíquica- encuentra su medio de representación en *la subversión del proceso de significación*, posibilitando que cada significante se constituya como signo mediante su unión a un significado particular. Ahora bien, los medios de representación y significación son básicamente diferenciales, por lo cual solamente *vaciando los significantes* mediante la *subversión* podemos aspirar a una significación del



ser del sistema. Esto último, sólo es posible privilegiando la lógica equivalencial hasta un nivel en que casi desaparezca la lógica diferencial. El resultado de este proceso desemboca en una *falta constitutiva* de la totalidad del sistema, el cual se mantiene como un compromiso inestable entre lógicas equivalenciales y diferenciales; es decir, la totalidad del sistema permanece como una imposibilidad de representación que sólo es suturada de manera provisional y contingente (Laclau, 1996: 73-78).

Asumido lo anterior, tanto la indecidibilidad del sistema, como la subversión del orden de representación, trabajados en *Hegemonía y estrategia socialista*⁷ y en *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*, se hacen visibles. En el caso de la *Razón populista* ubicamos la *falta constitutiva* del sistema en el siguiente pasaje:

Lo que permanece es la necesidad de este objeto imposible de acceder de alguna manera al campo de la representación. No obstante, la representación tiene, como sus únicos medios posibles, las diferencias particulares. El argumento que he desarrollado es que, en este punto, existe la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser particular, asuma la representación de una totalidad inconmensurable. De esta manera, su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación más universal de la que es portadora. (Laclau, 2005: 95)

En este pasaje vemos que la argumentación se dirige a privilegiar la categoría de hegemonía, entendida como *la operación mediante la cual una particularidad asume la significación universal de la totalidad*. Pero, además, se refleja la articulación de los cuatro niveles mencionados en el primer apartado. Así, debe tenerse en cuenta que el discurso es comprendido como un campo en el que se configura toda objetividad, es decir como una totalidad que no es meramente cognoscitiva o contemplativa, sino como una práctica articuladora que constituye y organiza a las relaciones sociales (Laclau- Mouffe, 1987:

⁷ El carácter incompleto de toda totalidad lleva necesariamente a abandonar como terreno de análisis el supuesto de «la sociedad» como totalidad suturada y autodefinida. «La sociedad» no es un objeto legítimo de discurso. No hay *principio subyacente único que fije* —y así constituya— al conjunto del campo de las diferencias. La tensión irresoluble interioridad/exterioridad *es la condición de toda práctica social: la necesidad sólo existe como limitación parcial del campo de la contingencia*. Es en el terreno de esta imposibilidad tanto de la interioridad como de una exterioridad totales, que lo social se constituye. (Laclau- Mouffe, 1987: 151, resaltado mío).



133). Esto hace que las configuraciones de sujetos políticos dependan de una determinada posición dentro del campo de representación que rige la vida política. Así, la identidad de un sujeto depende en cierta medida de aquello que limita su propia identidad. En este punto retorna la importancia de la deconstrucción de categorías marxistas llevadas a cabo por Laclau. Como hemos mencionado, el marxismo fallaba en no explicar por qué la identidad del obrero resultaba imposible bajo la presión antagónica del patrón, convirtiendo ese par en una situación de contradicción sin antagonismo, ya que apelaba constantemente a la categoría de necesidad en el desenvolvimiento histórico y político. La articulación de nociones tales como significante vacío, hegemonía y lógica equivalencial son las que dotarán a la política de las herramientas necesarias para resolver estas cuestiones. De manera que la conformación de identidades consiste en un proceso dinámico en el que, mediante la articulación de una cadena equivalencial de demandas, se da lugar a *un algo* nuevo y no a la simple manifestación de una *identidad verdadera subyacente* al total de demandas (Laclau, 2008: 23).

1. e. Correlación del nombre con el liderazgo: Articulación de la lógica equivalencial en los niveles psicoanalítico y político.

Hemos afirmado que lo que sucede en el nivel político es reproducción de aquello que sucede en el nivel psicoanalítico. Nos ocuparemos aquí, de manera somera, de la importancia otorgada por Laclau al vínculo existente entre los sujetos y el grupo y su relación con el líder. El problema que se refiere a la relación entre líder y subordinados responde a un tema importante en lo que se refiere al funcionamiento político de la articulación de cadenas equivalenciales, ya que, en cierta medida, reproduce la función del significante vacío en relación a las demandas contenidas en una cadena equivalencial. Tradicionalmente, es decir en los modelos que parten del tratamiento de las masas como identidades irracionales, la explicación del líder se nucleó en torno a categorías como



*sugestión, contagio y manipulación*⁸. Pero estos enfoques resultan insuficientes para una verdadera caracterización y comprensión del papel del líder respecto al grupo, debido a que solamente se explica la intervención subjetiva del líder, y no el porqué del éxito de tal manipulación.

En el caso de Freud el tema es abordado desde el enamoramiento. En él se produce una *investidura* en el objeto de amor como transferencia de la *libido narcisista*. Ésta puede darse de diversas maneras, pero principalmente sucede bajo la forma de la idealización, en la cual el objeto se vuelve inmune a la crítica. En este proceso, el yo renuncia de modo creciente a todo reclamo, disminuyendo, mientras que *el objeto* se hace cada vez más valioso, hasta llegar a un punto en el cual posee todo el amor *de sí mismo* del yo.

A partir de este modelo, Freud, establece un paralelismo entre el funcionamiento de la *investidura radical* en el enamoramiento y lo que sucede en el *hipnotismo* (entendido como obnubilación del líder en relación al grupo). El resultado es que la formación del grupo puede ser entendida en términos de vínculos equivalentes forjados entre las personas como resultado de su amor común hacia un líder: *Un grupo primario de este tipo está formado por cierto número de individuos que ha puesto el mismo y único objeto en el lugar de su yo ideal y, en consecuencia se han identificado entre sí en un yo* (Laclau, 2005: 80). Así, el modelo de análisis freudiano de la relación entre líder y grupo, tomado por Lacan y continuado por Copjec, hace posible una situación de *primus inter pares* del líder respecto al grupo, lo cual permite pensar en un tipo de liderazgo democrático en el que el conductor rinde cuentas ante sus seguidores. Laclau asume el modelo freudiano destacando que la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad es inherente a la formación de un pueblo. De aquí, lo que resultará decisivo es atender a la oposición entre *nombrar* un líder y la simple *determinación conceptual* de lo que un líder *es* y *significa*. En este contexto, se pone de manifiesto la distinción central, entre un

⁸ Para una breve reseña histórica de la forma en que fue entendida la multitud en los estudios de psicologías de masas y su paralelismo con el desarrollo criminológico de las patologías sociales véase: Laclau, 2005: 37- 90.



campo descriptivo lógico y uno nominativo afectivo, que trataremos luego. Laclau tomará los elementos concernientes al carácter retroactivo del deseo en relación con el *objeto a* de Lacan y con *la madre primordial* (Nebemensch) y *la cosa* (Das Ding) de Freud. Esto se fundamenta en la puesta en relieve de una *brecha en el orden del significante*, surgida de la imposibilidad de traducción de un *algo* incluido en la *madre primordial*, por parte de la representación. Esta brecha, entendida como una distancia entre cosa y pensamiento, es interpretada por Lacan como *un vacío del ser*. Correlativamente, Laclau matiza que el *objeto parcial* -que es depositario de nuestro deseo-, no es una parte del todo, sino que se trata de un *objeto que encarna al todo*, o, dicho de otro modo, *una totalidad*. De modo que el objeto parcial, en lugar de evocar una *totalidad*, lo que hace es actuar como el *nombre* de esa totalidad (Laclau, 2005: 143- 149).

Para estabilizar los problemas surgidos al enfrentarse a una representación imposible y necesaria de la plenitud se incorporará entonces la categoría del *objeto a* lacaniano, en el tratamiento propuesto por Joan Copjec (Laclau, 2005: 147, 152-153). Ésta, acepta la distinción lacaniana entre deseo y pulsión, la cual evidencia que el primero, al no tener objeto, no puede ser satisfecho, mientras que la segunda, *al implicar una investidura radical en un objeto parcial, puede encontrar satisfacción* (Laclau, 2005: 281). Así, el objeto parcial sería aquel que *eleva el objeto a la dignidad de la Cosa*, mediante el proceso de condensación mencionado. Así, el *objeto a* lacaniano funciona como el recurso vinculado al campo de las representaciones del sujeto y la relación del grupo con el líder, y también como respuesta a la problemática de la nominación en la filosofía analítica.

Los problemas referidos al papel que juega el nombre (o líder) en la construcción de identidades a partir de una cadena equivalencial, hacen necesaria una descripción de las concepciones descriptivista, antidescriptivista y afectiva de la nominación⁹. La

⁹ La primera representada por Russell, Searle, Dummett, las segunda por Kripke, y la tercera por Lacan y Žižek.



concepción descriptivista sostiene una correlación entre significante y significado. En ella, el significante es visto como un elemento transparente, en el cual se expresa una superposición conceptual entre el nombre y la cosa; con ello, el nombre tiene el significado de una descripción. En el enfoque antidescriptivista, el vínculo entre la cosa y el nombre sobrevive a cualquier descripción válida en una situación histórica, debido a que, las palabras, no se refieren a la cosa por compartir elementos descriptivos con ella, sino a través de un bautismo original (Laclau, 2005: 132). Es por esto que la teoría antidescriptivista habla de *designadores rígidos*. La concepción afectiva concibe el acto nominativo en tanto dimensión performativa, negando así cualquier positividad del nombre en cuanto tal. En esta línea interpretativa, elaborada por Lacan y tomada por Žižek, el nombre es designado como *point de capiton* por el primero, y como *punto nodal*¹⁰ por el segundo. Como hemos dicho, la teoría del *objeto a* es útil para explicar el proceso en el cual un vacío o una discontinuidad abierta en la realidad, es objetivada. La función de fijación nodal se produce a partir de la presencia de un significante puro y no mediante una abundancia de significados. Vemos así que en las teorías nominativas descriptas sucede lo mismo que señalábamos con respecto al deseo y la representación en Freud y Lacan, esto es: una creciente emancipación del significante con respecto al significado, lo cual puede definirse como una autonomización de la nominación (Laclau, 2005: 135). Esto se observa con mayor crudeza en la teoría del *objeto a* en la que la unidad y la identidad del objeto no son otra cosa que *el resultante de la operación de nominación*. En este caso, el significante emancipado no debe ser solamente contingente, sino, también, vacío.

Los efectos de la teoría lacaniana del nombre dentro de las configuraciones discursivas son claras en lo que al *point de capiton* se refiere. En primer lugar, sin el *punto nodal* de una identificación equivalencial, las equivalencias democráticas quedarían en lo

¹⁰ El *punto nodal* es la palabra a la cual las cosas mismas se refieren para reconocerse a sí mismas en su unidad (Laclau, 2005: 132).



meramente virtual. En segundo lugar, la función de *fijación nodal* está asociada a la universalidad referida por un significante que la muestra sin significado. Ahora bien, al igual que el *significante vacío*, consiste en un punto *constitutivamente irrepresentable* dentro del sistema de significación, una identidad popular consiste en una suerte de *plenitud vacía* dada por la cristalización discursiva del momento plenitud/ vacío, en la que un contenido parcial adopta la representación de una universalidad que es inconmensurable con él (Laclau, 2005: 137). En tercer lugar, la acción performativa del nombre proyecta su actuación al nivel político, sedimentándose en prácticas e instituciones mediante la articulación entre universalidad y particularidad, es decir, la fijación nodal *asume la forma de prácticas materiales que adquieren estabilidad institucional*. Por esta razón, cuando nos ocupemos de la situación populista, veremos que se produce una reactivación de categorías sedimentadas. Los términos en que aparecerá esta tensión serán los de una *plebs* (particularidad) que pugna por constituir hegemonicamente el *populus* dentro del Estado, mientras que el *populus* (la universalidad abstracta) solamente podrá existir encarnado en una *plebs*, sobre esto trataremos en el siguiente apartado. Finalmente, la teoría afectiva del nombre se inscribe en las relaciones que dan lugar a identidades populares mediante la articulación de las categorías de particularidad, universalidad y nominación. La importancia de ésta, reside en que, al partir de la asociación de la singularidad con la heterogeneidad, se produce una contraposición a la lógica de la diferencia -operante en la homogeneidad como marca simbólica de la sociedad institucionalizada en la cual cada componente es el que le da valor al otro-. Por esta razón, las consecuencias de la nominación como acto performativo permiten resquebrajar la lógica que alineaba toda muestra de heterogeneidad como un síntoma patológico de la sociedad, impidiendo así, la incorporación de la multitud en el debate político.



La heterogeneidad se manifiesta en el caso de una demanda particular que, al no ser satisfecha dentro del sistema institucional, expresa un excedente de aquello representable diferencialmente dentro del mismo. De manera que lo heterogéneo puede entenderse como: a) aquello que carece de ubicación dentro del orden simbólico; y b) lo que surge en las relaciones entre *demandas insatisfechas*, ya que las *demandas* no están ni unidas ni separadas entre sí, puesto que el orden simbólico del que brotaron está *dislocado* y no tiene capacidad de absorberlas. Las consecuencias de la asunción de un modelo nominativo en el que el significante se emancipa del significado, repercuten directamente en la explicación de la formación de identidades populares mediante la lógica equivalencial.

Sin embargo, lo que podemos agregar ahora es que la unidad del conjunto equivalencial, de la voluntad colectiva irreductiblemente nueva en la cual cristalizan las equivalencias particulares, depende enteramente de la productividad social del nombre. (Laclau, 2005: 139).

La *productividad social del nombre*, surge de la constitución del nombre como *significante puro*, es decir como elemento que no expresa ninguna unidad conceptual que lo preceda. Así, el nombre funcionaría como un espacio en donde se conjugan las demandas insatisfechas en tanto *exceso* del marco simbólico vigente. Pero este nombre no es capaz de determinar qué tipo de demandas entran en la cadena equivalencial. De manera que, en la identidad popular conformada a partir de una cadena equivalencial, se dará una tensión entre la unificación (encarnada en la acción del nombrar) y la heterogeneidad imprecisa que representa. El ejemplo empleado por Laclau para explicar esta tensión es el de un sindicato que, a raíz de una presión histórica coyuntural, le suma a su función de defensa de los trabajadores, la reivindicación de los derechos de los inmigrantes. Las tareas del sindicato, que surgieron de una situación particular pueden acabar por ser asumidas como propias de su identidad mediante un proceso de



metonimia, es decir por contigüidad. Ahora bien, la prolongación del uso de tal identificación dará lugar a la solidificación del vínculo entre heterogeneidades, y así, lo que era contigüidad pasará a ser analogía y lo que era metonimia, metáfora.

1. f. Hegemonía y populismo: repercusión de la contingencia en la configuración del poder y la constitución del pueblo.

El momento de constitución de un pueblo se apoya en dos ejes conceptuales. El primero descansa en la dimensión equivalencial, y lo que en él sucede, es el paso de la heterogeneidad de las demandas aisladas a la homogeneidad de una demanda global que, a su vez, da lugar a la construcción interna de fronteras políticas que sustentan y refuerzan la elaboración *discursiva del poder como fuerza antagónica*. El segundo está asociado al carácter contingente de toda operación política, esto es, no existe ninguna vía lógica, semiótica o dialéctica que garantice el paso de esa heterogeneidad a una demanda global. Como quedó expresado en el apartado anterior, existen en el lenguaje aspectos afectivo-performativos que inciden directamente en el plano semántico, obteniéndose con ello, un espacio de configuración de objetividades inestable. En suma, los complejos denominados formaciones discursivas hegemónicas, o sea, aquellas en las que se articulan la *lógica de la diferencia* y de la *equivalencia*, serían ininteligibles sin el componente afectivo performativo¹¹. En consecuencia, *cualquier totalidad social* es resultado de una articulación *indisociable entre la dimensión de significación y la dimensión afectiva* (Laclau, 2005: 143). Si a esto añadimos que, en toda identidad popular, la parte funciona como el todo (*plebs* por *populus*), veremos que la imbricación de la dimensión afectiva y retórica de la política resulta ineludible. De manera que, si en una relación hegemónica, *una particularidad significa una universalidad inalcanzable*, y, en la dimensión afectiva, la ruptura básica entre la madre y el hijo queda estabilizada de

¹¹ El argumento de Laclau apunta a destacar que, la dimensión afectiva (amor/ odio) surge de una composición lingüística en la cual, la *catexia* dirigida a la elaboración de un objeto de deseo se produce realizando una investidura radical similar a la que se efectúa en el acto de nombrar.



forma incompleta mediante objetos parciales, lo que sucede en el plano discursivo político, es similar a lo que sucede en el afectivo.

Si la sociedad lograra alcanzar un orden institucional de tal naturaleza que todas las demandas pudieran satisfacerse dentro de sus propios mecanismos inmanentes, no habría populismo, pero, por razones obvias, tampoco habría política. La necesidad de constituir un "pueblo" (una plebs que reivindica ser un populus) sólo surge cuando esa plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de la sociedad (objetivos, figuras, símbolos) son investidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia. (Laclau, 2005: 149)

Vemos en la cita que Laclau llega a afirmar que el funcionamiento *populista* es condición de posibilidad de la política. Esto es así por el hecho de que todo intento de configuración de una identidad colectiva para actuar en la arena política nace del afán de estabilizar la falla constitutiva del sistema. Entonces, la *dislocación* del sistema de representación, producido por la incapacidad de absorber *demandas populares*¹², es similar a la que se origina respecto al deseo en el sujeto. En este último caso, la irrupción del *objeto parcial* es lo que estabiliza la situación, mientras que en el primero es la hegemonía, mediante la operación que otorga, a una parte, el valor del todo. Con lo cual, toda universalidad existente será una *universalidad hegemónica*. Y esto es así porque, al igual que en el terreno afectivo no existe placer que no esté investido en un *objeto a*, en el espacio socio político, no hay plenitud social alcanzable, excepto a través de la hegemonía. Por lo tanto, la hegemonía es entendida como la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud incompleta que surge como *el reverso positivo de una situación experimentada como un ser deficiente* (Laclau, 2005: 148).

Aquí debe agregarse que es la concepción del Estado gramsciano, como momento ético político de la comunidad, la que permite y requiere la combinación de universalismo

¹² Laclau llama demandas populares a las demandas insatisfechas y demandas democráticas a las demandas que pueden satisfacerse sin poner en crisis el orden político.



y particularismo, inherente a la operación hegemónica. Tal enfoque, deja de lado la concepción hegeliana y marxista del Estado. En Hegel, la esfera del Estado era la forma más elevada de universalidad alcanzable en el terreno de la ética social, siendo la burocracia la clase universal y la sociedad civil el ámbito o esfera de la particularidad privada. En Marx, en cambio, el Estado es entendido como el instrumento de la clase dominante, y sólo a partir de una sociedad civil reconciliada consigo misma podía surgir una clase universal, acarreado así la abolición del Estado en tanto instancia política. Por su parte, la teoría de Gramsci, permite asumir la articulación de las instancias de universalismo y particularismo al nivel de la articulación hegemónica. Así, rompe con la aspiración marxista, en el nivel epistemológico, de una totalidad sistemáticamente cerrada, determinada en última instancia por la economía, y pasa a un enfoque en el que, el único horizonte totalizador posible está dado por una parcialidad (*fuerza hegemónica*), que asume la representación de una totalidad. Esta *parcialidad* no debe calificarse como una entidad de segundo orden que ocupa el lugar de la cosa, sino como *el nombre* que recibe la *plenitud dentro de un determinado horizonte histórico* (Laclau, 2005: 149). La operación hegemónica, como momento de estabilización político, depende de la articulación cadenas equivalenciales agrupadas bajo un significante *vacío*. En este punto debe destacarse la importancia de los significantes flotantes. Los significantes flotantes funcionan como una cristalización *ambigua* de demandas insatisfechas. Es decir, se trata de la configuración de reclamos que no pueden ser fijados mediante ninguna subdeterminación o sobredeterminación del sistema de representación socio político. Este proceso de *flotamiento* se da principalmente en el momento que Gramsci llamó *crisis orgánica*, o sea, la situación en que se deteriora la hegemonía a causa *del debilitamiento de las articulaciones hegemónicas* (Laclau, 2005: 45-46). El paso de significantes *flotantes* a *vacíos* se produce mediante la hegemonización de las demandas sociales a través de la configuración de una frontera antagónica.



Vemos que la propuesta política de Laclau se configura como una práctica hegemónica, ejecutada en un espacio social, fruto de una sedimentación de prácticas discursivo-representativas cristalizadas en un orden institucional, para dislocarlo y subvertir las significaciones. La apelación a “los de abajo” contra el *status quo* se da en el siguiente orden: a) existen demandas sociales (hasta ese momento *democráticas*) que no pueden canalizarse institucionalmente o, lo que es lo mismo, que *exceden el orden diferencial de representación*; b) dichas demandas (ahora insatisfechas o populares) establecen entre ellas relaciones débiles de equivalencia; c) una vez conformada la equivalencia, se producen condensaciones en torno a imágenes comunes (significantes flotantes); d) éstas imágenes populares pueden ser utilizadas por líderes que interpelen a los excluidos, comenzándose con ello un proceso de identificación de los portadores de las demandas insatisfechas con el pueblo; e) el *pueblo* es constituido como una identidad colectiva que se enfrenta al régimen en vigencia; y f) el *pueblo*, organizado equivalencialmente bajo la hegemonía de un significante vacío, pugna por el cambio del orden social y político en vigencia, estableciendo una frontera antagónica que divide el sentido de las demandas en un nosotros y un ellos.

... lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva. Este es el momento de la sedimentación. [...] Si la objetividad se funda en la exclusión, las huellas de esta exclusión estarán siempre presentes de un modo u otro. Lo que ocurre es que la sedimentación puede ser tan completa, el privilegio de uno de los polos de la relación dicotómica tan logrado, que el carácter contingente de este privilegio, su dimensión originaria de poder, no resulta inmediatamente visible. [...] La reactivación no consiste, pues, en un retorno a la situación originaria sino tan sólo en redescubrir, a través de la emergencia de nuevos antagonismos, el carácter contingente de la pretendida "objetividad". [...] formas entumecidas, que eran consideradas como simple objetividad y dadas por sentadas, se revelan ahora como contingentes y proyectan esa contingencia a sus propios orígenes. (Laclau, 1990: 51)



En este punto es importante introducir las categorías de *sedimentación* y *reactivación* tomadas de Husserl¹³. Tales categorías permiten comprender que, más allá de que *lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva*, frente a lo que verdaderamente nos encontramos es ante una *sedimentación* de prácticas sociales. Justamente, en una situación populista, se apela a una reactivación de instancias sociales que habían adquirido un aspecto de objetividad y que ahora muestran su contingencia. Así, el momento populista es aquél en el que la acción política toma una radical importancia en lo que al establecimiento del orden de representación se refiere. Por esta razón, la propuesta de Laclau se inscribe en un terreno en el que la lucha democrática adquiere un matiz de radicalidad que muchos teóricos entienden como peligroso. Ahora bien, la politización de la acción social implica un modelo que privilegia el debate en la arena política y no excluye la posibilidad de una sociedad plural. La diferencia fundamental con los modelos democráticos deliberativos, reside en el lugar que ocupan las instituciones. En varios pasajes de la *Razón populista* se nos dice que el populismo consiste en una interrupción de lo establecido que funciona como *subversivo del estado de cosas existente y también como punto de partida de una reconstrucción más o menos radical de un nuevo orden una vez que el anterior se ha debilitado* (Laclau, 2005: 221). Esta afirmación pone en evidencia que, además del funcionamiento teórico de elementos que intervienen en la lógica de construcción de identidades políticas, la teoría de Laclau supone un cuestionamiento de las prácticas representativas que funcionan dentro del modelo de democracia liberal. La representación es explicada como un proceso de doble dirección: del representado hacia el representante y del representante al representado. Laclau privilegiará la segunda dirección debido a que, aunque parezca obvio suponer que

¹³ Husserl utilizó estas nociones en relación a las prácticas científicas al declarar la crisis de la ciencia europea. La rutinización y el olvido de los orígenes es lo que Husserl denominó *sedimentación*; mientras que la recuperación de la actividad constitutiva del pensamiento es lo que llamó *reactivación*.



un modelo político es más democrático en la medida que la voluntad de los representados sea la predominante en la representación, esto no siempre es así. En primer lugar, porque las voluntades involucradas no se conciben como plenamente configuradas, sino como producto de una operación política hegemónica. En segundo lugar, por la disparidad de participación dentro del orden político de los distintos agentes. Así, vemos que los casos de populismo estudiados por Laclau hacen hincapié en el aspecto de incorporación de sujetos políticos marginales al acto de construcción del pueblo. En este sentido, se cuestiona la primacía de la voluntad de los representados como garantía de un modelo democrático, ya que, en muchos casos, es la acción política del representante la que permite la *constitución* de las voluntades de los representados. Esta afirmación contiene gran importancia en relación con las luchas sociales heterodoxas. En ellas, el desplazamiento de una frontera interna subvierte el orden que separa lógicas opuestas, produciendo una reconfiguración del espacio de representación. Así, al desplazarse una frontera interna del sistema político que provenía del marxismo, en lugar de un etapismo determinista nos encontramos con un orden en el que *la identidad clasista de los sujetos políticos pierde su carácter necesario*, dando lugar al tipo de luchas sociales *producidas en el Tercer Mundo, con la construcción de identidades políticas que tienen poco que ver con estrictos límites de clase*, auspiciando la incorporación de diversos movimientos sociales (Laclau- Mouffe, 1987: 37- 39).

En las teorías de corte democrático liberal y deliberativo se suele suponer un institucionalismo *dado* por el desarrollo histórico. Esto hace que la participación de los ciudadanos sea entendida a partir de identidades plenamente constituidas, lo cual permite suponer que el proceso representativo, en cuanto haga más transparente la representación de las voluntades *presentadas*, más democrático será. Lo que pensamos, junto con Laclau, es que dicha transparencia adolece de varios supuestos que no son



satisfactorios para casos como los de Latinoamérica. Por tomar un caso, en el peronismo se produjeron diversos movimientos en la dirección de incorporar a la vida política a sectores que no *contaban* (usando una expresión de Rancière) dentro de la sociedad. La explicación clásica de una *alianza de clases* para dar cuenta de este movimiento, dejaba en la oscuridad la importancia de la configuración de voluntades nacidas de decisiones políticas. Dicho de otra manera: la aparición de identidades colectivas dependen, en muchos casos, de la hegemonización política por parte de los representantes, que amplía el espacio en donde luego hallaremos voluntades que necesitan ser representadas.

El problema de un enfoque así planteado es el de acercarse a un modelo de legitimidad carismática. Ahora bien, basándonos en los argumentos desarrollados a lo largo del artículo, consideramos que los modelos que entienden cualquier proceso de incorporación de actores excluidos como movimientos cercanos a la demagogia o a la irracionalidad, corren el riesgo de caer concepciones que, en mayor o menor medida, adolecen de supuestos esencialistas y racionalistas de una historia que se mueve sobre un fundamento racional, es decir: extirpan de la explicación todos los elementos que no sean fruto de una suerte de “derivación lógica”. El ejercicio analítico y deconstructivo efectuado por Laclau sobre la tradición marxista y liberal permite poner en relieve el hecho de que, en el nivel político, se produce un combate por estabilizar asimetrías irreductibles entre un *nosotros* y un *ellos*¹⁴.

¹⁴ Cualquier aseveración de este estilo suele asociarse al par *amigo/enemigo* elaborado por Schmitt. Una diferencia clara (entre otras) con respecto a esta concepción puede hallarse en el hecho de que la división mencionada se produce *al interior* del cuerpo social, mientras que, en el caso de Schmitt, la distinción entre *amigo* y *enemigo* establece la separación de dos identidades cerradas que marcan la existencia de dos pueblos y Estados. Así, el modelo de Laclau y Mouffe propone una *agonismo político* que privilegia una competición entre *adversarios* y no entre *amigos* y *enemigos*. Para mayor precisión sobre las diferencias entre estos modelos, véase: Mouffe, 1999: 15- 23; Mouffe, 1998: 13-34; Mouffe, 2003: 23- 30; y Mouffe, 2009: 71- 96.



2. Teoría en práctica o la práctica hecha teoría.

2. a. Situación argentina: fronteras antagónicas radicalizadas en un modelo popular y un falso institucionalismo.

En los últimos años de la realidad política argentina, las propuestas y categorías desarrolladas por Laclau, aparecieron en numerosas situaciones. Principalmente debe destacarse la existencia de un antagonismo claramente identificable entre el *Frente para la victoria* (al cual deben sumarse muchas asociaciones como Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, Movimiento piquetero, movimientos indígenas, etc.), por una parte, y diversos sectores político-económicos que, en el último lustro han ido agrupándose en torno al grupo mediático *Clarín*. El análisis de tal confrontación debe remontarse, como mínimo, al año 2008, en el que se produjo un gran debate alrededor del intento de incrementar las retenciones a las exportaciones de soja y girasol, desembocando en una partición tajante del terreno político bajo dos nombres: *Campo vs. Gobierno*. Señalamos ese momento como punto de inflexión debido a que, a raíz de la cobertura mediática de ese hecho, se produjo un antagonismo que fue acrecentándose continuamente al punto de agrupar diferentes hechos y movimientos bajo los dos bloques en pugna. Así, el “campo” se desdibujó como actor político de referencia, tomando su lugar el *Grupo Clarín*, el cual pasó a denunciar al gobierno nacional de perseguir la *libertad de expresión* por la propuesta de la Ley nº 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual¹⁵. La agudización del conflicto fue instrumentada por la difusión y repetición de tergiversaciones y deformaciones de numerosos hechos acontecidos en los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Tal estrategia pretende incorporar todos los malestares y reclamos al de la lucha por un sistema democrático que *respete las*

¹⁵ Esta ley fue promulgada el 10 de Octubre del año 2009 y sancionada el 23 de Octubre de 2013 tras la interposición de varias cautelares y apelaciones.



libertades (de expresión y acumulación). El flotamiento de cadenas equivalenciales (organizaciones empresariales, ganaderas, sindicales y culturales) hace que la hegemonización de dichos reclamos sea posible con el desplazamiento de una frontera interna del orden político. Así, el modelo redistributivo de las políticas aplicadas produjo la incorporación de sectores marginados a la vida pública: movimientos piqueteros, de derechos humanos, sindicales, estudiantiles, indígenas fueron incorporados por el gobierno a un modelo estatal. En este contexto, la desconcentración de medios y la presión fiscal sobre el campo responden a una democratización de la información y a un intento de justicia social respectivamente, que unifican las demandas de los movimientos mencionados. Ahora bien, tal unificación provoca la reacción de sectores altos y medios de la sociedad, los cuales ven la incorporación de marginales como una disputa e invasión del espacio tradicionalmente ocupado. Esta invasión del *orden privado* (que en realidad responde al *capital privado*) cristaliza bajo la imagen anacrónica de un “Estado opresivo”¹⁶ que se inmiscuye en la privacidad de un orden cristalino de voluntades republicanas.

Entonces, la pugna actual es la de lograr el desplazamiento de la frontera que divide a un modelo político progresista (que intenta acabar con resabios neoliberales y asociarse con gobiernos regionales para hacer frente al orden de poder mundial vigente) de uno conservador (que intenta restituir a la Argentina como *Granero- despensa del mundo*), hacia otra que simplemente invierta el valor de la ampliación de derechos bajo el nombre de *demagogia y persecución* frente a *racionalidad y seguridad*. La forma de esta lucha asume expresiones increíbles: se llega a comparar el modelo político con el estalinismo y el nacionalsocialismo, negando todos los avances sobre derechos humanos¹⁷. É l éxito de

¹⁶ La represión policial en manifestaciones es casi nula llegando al punto de que uno de los reclamos de los sectores opositores es justamente, que no se reprime. Esto es legítimo, pero absolutamente incompatible con la versión de un Estado represor que no respeta las libertades individuales.

¹⁷ Recordemos que durante estos gobiernos se derogaron los indultos a las Juntas militares del 7 y 20 de diciembre de 1990, como también las leyes de obediencia debida y punto final, del 4 de Junio de 1987 y 24 de Diciembre de 1986, respectivamente.



esta estrategia en algunos sectores de la sociedad puede asociarse a los viejos diagnósticos de *manipulación*, *contagio* y *sugestión* con que se explicaba la significación en las masas hasta fines del siglo XIX. El mismo Laclau apoyó públicamente al gobierno en los dos casos puntuales que mencionamos y contribuyó a la caracterización del bloque opositor como la “oligarquía terrateniente” o “los defensores de los intereses corporativos”. Dichas caracterizaciones provienen, en principio, de una relación de contigüidad entre actores: si una personalidad trabaja en x empresa, entonces es anti- gobierno; si un individuo defiende una medida gubernamental es *kirchnerista* y está en contra de la libertad de expresión o del republicanismo estatal. Estas caracterizaciones por contigüidad, fueron adquiriendo el carácter metafórico de construcción analógica que posibilita la conformación de una cadena equivalencial bajo un significante flotante que puede ser hegemonizado en una dirección u otra, según se ubique la frontera antagónica. El mejor ejemplo de esto último es el paso de un sector sindical importante como el de la CGT de Hugo Moyano, al bloque liderado por el *Grupo Clarín*.

El último caso de esta lucha antagónica alcanza a cuestiones profundas en lo que se refiere a la conformación del Estado argentino. Nos referimos a un creciente debate referido a la democratización del poder judicial. Mientras redactamos este trabajo, la opinión pública argentina se debate alrededor de la muerte del fiscal Alberto Nisman, el 18 de enero de 2015, que investigaba el atentado terrorista contra la AMIA (Asociación mutual israelita argentina) acontecido en julio de 1994, y que acababa de anunciar la denuncia por encubrimiento de la presidenta y el canciller de Argentina. No contamos con la suficiente distancia histórica para una completa comprensión del hecho. Igualmente, sin necesidad de profundizar demasiado en la investigación, se vislumbra un entretejido de sectores heterogéneos que pugnan por sacar réditos políticos del acontecimiento mediante la desestabilización del último año de gobierno. Así, el 18 de febrero de 2015 tiene lugar una gran marcha, tan multitudinaria como absurda, liderada por cinco fiscales,



acusados de numerosos delitos (incluido el de encubrimiento en la causa AMIA), y los referentes opositores presidenciables, pidiendo *justicia*, evidenciando así, la extraordinaria politización del sector judicial.

En este punto es en donde recién comenzaría el análisis: ¿el entramado opositor, puede entenderse como una identidad colectiva que apela a los excluidos del sistema para instituir un nuevo orden político? La forma simple, pero, hasta cierto punto, ineludible, de afrontar esta pregunta, pone en cuestión el funcionamiento de aquello que explicamos como populismo, al revelar lo ambivalente de las prácticas así descritas. Ahora bien, existen varios elementos para revertir este tópico. El primero y más importante es el de destacar que, detrás de este frente opositor, no existen verdaderos patrones políticos identificables. Con esto queremos poner de manifiesto que la importancia otorgada por Laclau a la retórica y a la dimensión afectiva, no es equivalente a una defensa de la *propaganda* o el marketing como instrumentos políticos. Si bien estos canales de difusión conservan una gran efectividad en el terreno retórico, no constituyen en sí mismos una herramienta política. En este sentido, puede decirse que el recurso a actores provenientes del poder judicial, personalidades mediáticas, empresarios exitosos, como referentes políticos, más que mostrar una formación hegemónica que aspira a la construcción de un pueblo mediante la articulación de demandas insatisfechas, lo que hace es apelar a una disolución de la política para acceder al poder. Por otra parte, las demandas aglutinadas en el arco opositor, en la mayoría de los casos responden a configuraciones discursivas que no incluyen a ningún actor excluido del sistema vigente, sino que parten de un sentido común instalado como racionalidad occidental, sin sustento alguno en las prácticas socioeconómicas vigentes. Un ejemplo sencillo de esto último lo encontramos en el reclamo de seguridad. Cualquier dato estadístico que consultemos nos muestra que el índice de delincuencia de Argentina se encuentra entre los más bajos de Latinoamérica; sin embargo, los reclamos se repiten constantemente en los medios



adquiriendo gran notoriedad. Pero enfrentarse a la inseguridad no es, bajo ningún concepto, enfrentarse a un sistema político.

Otro elemento que niega la lectura del frente opositor como una identidad política es el hecho de que no existe un proyecto político que se esgrima contra el gobierno: frente a la ley de medios se defiende la antigua ley (elaborada durante la última dictadura militar); frente al conflicto del campo se defiende y propone una continuidad del modelo agroexportador de principios del siglo XX; etc. Así, este entramado defiende la idea saintsimoniana de que debe lograrse el paso del *gobierno de los sujetos* a la *administración de las cosas*. Nuevamente el diagnóstico es que, más que una identidad popular que clama por entrar y modificar el espacio de la representación política, lo que enfrentamos es el *statu quo* disfrazado de populismo. Esto último recalca en las diferenciaciones, hechas en varias ocasiones por Laclau, respecto a las teorías del *éxodo político* (principalmente la de *Multitud* de Hardt y Negri) y a la de Rancière, en las cuales señala la necesidad de un momento vertical de la manifestación horizontal de los reclamos, para la primera, y una insistencia en que las formaciones populistas no necesariamente tienden hacia la izquierda, para la segunda (Laclau, 2005: 297- 310). Reiteramos: atender a las dimensiones retóricas y afectivas de la construcción de identidades políticas, no significa, de ninguna manera, asumir como sujeto político a cualquier agrupación popular. El momento hegemónico trabajado por Laclau es justamente aquel en que la horizontalidad de los reclamos se constituye en torno a un símbolo que fomenta la posibilidad de una construcción política. Vemos así que las herramientas teóricas, trabajadas por Laclau, parecen funcionar con más eficacia en un terreno local que en una especulación global. Esto no constituye, a nuestro entender, un déficit de la teoría, ya que, desde el principio mismo de su construcción, fue propuesta como un modelo que parte de la contingencia y la performatividad concreta de los enunciados. La ampliación de derechos acontecida durante las dos últimas décadas en



varios países de Sudamérica, permite analizarse y comprenderse como un cierto ascenso de prácticas hegemónicas populistas que desestabilizaron la realidad de un modelo que era presentado como consecuencia práctica imperfecta de un institucionalismo al que se aspiraba y nunca se llegaba.

El éxito de una teoría como la de Laclau, en lo referente al análisis de la situación política argentina reside, principalmente, en la capacidad de asimilar la creciente complejidad del terreno social desde una perspectiva esencialmente política. Así, una gran cantidad de elementos, que se vinculaban a un devenir lógico, vuelven a ser puestos en discusión bajo la conciencia de una contingencia radical. Expresado de otra manera: los debates acerca del alcance del Estado, del papel de la información, de la soberanía nacional, etc., han sido reactivados. Ahora bien, un déficit importante de la teoría de Laclau, como también de la de muchos teóricos políticos actuales, es el de una casi completa ausencia de análisis económico. Este dato no resulta menor a la hora de enfrentarse a algunas comparaciones, hoy en boga, entre la situación actual de países europeos (principalmente Grecia y España) con la situación que atravesaron diversos países latinoamericanos al inicio de este siglo o fines del anterior. En el caso argentino, el incremento del precio de determinadas materias primas (o, como está de moda decir, "boom de los *commodities*") fue de gran importancia, como en Venezuela lo fue el del petróleo. En el caso de Grecia, por ejemplo, las posibilidades en estas cuestiones son bien diferentes. Igualmente, y esto quizás constituya uno de los grandes desafíos en el ámbito político, podría intentar concebirse un tipo de lenguaje político que sitúe a los ritmos económico-financieros en un lugar más acotado que el actual y que, simultáneamente, no se resigne a jugar el papel de una teoría "alternativa".

2. b. Del lado de allá y de los otros lados.

En el recordado libro de Julio Cortázar, *Rayuela*, se ponían los indicadores *del lado de allá y de los otros lados*, para separar *el libro del lector lineal del otro libro del lector*



cómplice. El primero obedecía a un orden cerrado de concepción narrativa que, además de la ortodoxia, sugería una cierta cercanía a elementos territoriales de construcción cultural. El segundo era más abierto, inestable, heterodoxo, como también impreciso y complejo. En este apartado, llegamos finalmente a exponer, de manera breve, algunas consideraciones referidas a los desafíos y proyectos de lo que entendemos como izquierda en Latinoamérica, y creemos que para ello no resulta nada superficial el recordatorio de las grandes distancias existentes en terrenos político culturales que, en muchos casos, inducen al uso de alguno de los dos tipos de lectura reseñados superficialmente. Así, aunque se apoye algo parecido a la *izquierda latinoamericana*, debe recusarse el intento de reducir un territorio tan amplio bajo el aspecto de una sociedad homogénea. Considero que ese tipo de estrategia se parece a ese primer *libro* de Cortázar. Ahora bien, con esto tan simple, que parece un juego de palabras, podemos avanzar un paso en la siguiente dirección: desde lo que hemos caracterizado como populismo y hegemonización de una cadena equivalencial de demandas, podría defenderse, a gran escala, una identidad colectiva de Estados latinoamericanos frente a un *status quo* internacional. Al hacer esto estaríamos aún en el primer *libro*, el lineal *del lado de allá*, y restaría el análisis de *otros lados*, propio de un lector comprometido. Este resto es arduo, pues implica adentrarse en varias problemáticas que no pueden ser agotadas en una lectura rápida, ni siquiera en varias lecturas lentas. Quizás este diagnóstico de imposibilidad sea el que permita comenzar verdaderamente un análisis. No obstante, sin profundizar en particularidades, la posibilidad de hablar de una *identidad* latinoamericana frente a un orden global, es aún bastante lejana. En primer lugar, porque la forma en que sus países participan en los diversos organismos internacionales, además de darse muchas veces de manera no unificada, en otras se da bajo la forma de una competición entre países vecinos. Por otra parte, no se logró ninguna voz unificada de la región ni ningún liderazgo concreto -más allá del intento de Venezuela con Hugo Chávez-,



principalmente por la negativa de Brasil de asumir el papel que su potencial le otorga. Quizás, esta articulación, que se ve de manera incipiente en los proyectos de la CELAC, ALBA, UNASUR y MERCOSUR, sea uno de los desafíos a los que deba enfrentarse la izquierda latinoamericana. Esto último parece dar por supuesto que la izquierda está en el ejercicio del gobierno, no queremos contribuir a ello. Lo que afirmamos es que la izquierda debe afrontar esta problemática para aspirar a cualquier papel político que le toque en suerte.

Este último punto nos lleva a un tema tan importante como conocido: el que se refiere a que todos los progresos observados por la región en los últimos años constituyen un intento de completa emancipación que nunca fue enteramente lograda. Dicho esto, agregamos que existen unas cuantas situaciones clave en América del Sur para profundizar el avance político hacia una emancipación: principalmente el proceso de paz en Colombia, el comportamiento incierto de países como Chile y Uruguay –y también, debido a la imposibilidad de reelección, Argentina-, y la forma en que se desenvuelvan los anuncios de restablecimiento de relaciones entre Cuba y EEUU.

En este artículo no se pasó de mencionar hechos superficiales de la realidad política (y mediática) argentina. Varios de estos hechos pueden utilizarse en otros países de la región (Venezuela, Ecuador, Brasil, Bolivia, Paraguay y, tal vez, alguno más) con mayor o menor pertinencia. Lo cierto es que el más elemental de los parecidos entre estos países, es justamente el desafío de una organización opositora que intenta desestabilizar a sus gobiernos.

Una novedad antigua es la existente articulación de los poderes fácticos de la región a través de grandes conglomerados mediáticos, que lideran y condicionan a cualquier articulación política que intente salir de un cierto patrón económico y político. Y una novedad más reciente es la que hoy en día se conoce como *golpe blando*, o bien *golpe*



*institucional*¹⁸. Este tipo de procedimiento, podría entenderse como un problema propio de los *populismos* que tradicionalmente se atribuyen a los gobiernos latinoamericanos. Por esta razón, consideramos que una teoría como la de Laclau constituye un aporte considerable para la comprensión de aquellos procesos. Así, la reivindicación de una práctica política, que sirva de base para la reformulación de categorías analíticas, provenientes de una concepción que establecía la existencia de pueblos *fuera de la historia* o *etapas necesarias* de la misma, no es otra cosa que un paso más en la dirección del lector comprometido.

Al publicar este artículo en España, consideramos que la reformulación y deconstrucción de categorías políticas en los últimos años han servido para que varios reclamos, que antes quedaban solucionados con el simple uso peyorativo del populismo, hoy sean atendidos con una seriedad diferente. Quizás lo anterior sirva para modificar, al menos parcialmente, la mirada deformada e interesada que aún impera en España con referencia a Latinoamérica. Sin embargo, debemos añadir que el modelo de Laclau cuenta con numerosos problemas a la hora de separarse de la legitimidad carismática y la polarización del terreno social, y esto puede extenderse a varios de los modelos políticos hoy vigentes en Latinoamérica. De modo que nuestra presentación no quiere ser panfletaria ni acrítica, sino un aporte razonado de consideraciones teóricas que valen como herramientas prácticas para la comprensión de la realidad.

En el apartado anterior vimos, simplícidamente, cómo las luchas por el poder en la Argentina actual se dan mediante el intento de romper la hegemonización del modelo vigente, mediante el establecimiento de una frontera antagónica que permita la incorporación de actores a la práctica opositora versus gobierno. Esto muestra que, en cierta medida, la política consiste en una cierta lucha por el significado de determinadas

¹⁸ El último y más problemático es el de Paraguay en junio de 2012, al que deben sumarse el de Honduras el 28 de junio de 2009 y los actuales intentos en Venezuela, Brasil y Argentina.



palabras. Este hecho suele ser presentado como un vaciamiento de significado y como uno de los problemas del populismo y el posmodernismo. Al respecto, nos gustaría añadir que, en España, estamos viendo que se produce un fenómeno parecido cuando se caracterizan algunas prácticas como fascistas, de extrema izquierda, o inclusive, *populistas bolivarianas antidemocráticas*. Además de eso, en el discurso cotidiano de los medios de comunicación, se suele denominar como dictadura a muchos gobiernos populares como los de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Sin detenernos en la valoración ética de estas afirmaciones, podemos decir que el vaciamiento de significado de muchos términos no es patrimonio exclusivo de los populistas cuando hablan de “pueblo”, sino que responde a una tendencia inscrita en el funcionamiento discursivo actual.

Así, frente a los últimos atentados de París se organizó una manifestación por la *libertad de expresión* sin determinar muy bien el terreno al que esa libertad alcanzaba. A los pocos días, fue detenido un humorista por apología del terrorismo en ese mismo país. Consideramos que la forma de reaccionar ante los atentados puede fácilmente incluirse bajo el tipo de práctica de constitución de una identidad populista de derechas. Mejor ejemplo de esta forma de establecer fronteras lo podemos encontrar en los atentados del 11 de septiembre de 2001, en el que se instaló la idea de que ese acto atacaba la *forma de vida* de occidente entero. Vemos que el funcionamiento de un *nosotros* y un *ellos* se da en ambos ejemplos, la cuestión política consiste en ver qué actor hegemonizará los lados de la frontera y, en última instancia, qué tipo de discurso político obtenemos con dicha articulación. En el caso de estos dos ejemplos pareciera que un actor que no existía de forma concreta (el islamismo terrorista) cuenta con todo el espacio para hacer su aparición.

En base a lo anterior vemos que ambos problemas –el de la legitimidad carismática y la polarización del terreno social-, quizás se parezcan más a una carencia propia de los sistemas de saber y poder que a patologías de las formaciones políticas. Dicho de otro



modo, los problemas y contradicciones de los proyectos políticos latinoamericanos, más que parecerse a los del *bonapartismo*, parecen responder a los de gobiernos pragmáticos que cumplen (o intentan cumplir) con el requisito de amplificación de la base democrática y participativa en el escenario político. Además, aunque no logremos una certeza completa (como en ese *otro libro*), considero que sí debemos desechar absolutamente el intento de explicar el populismo como un paso transicional del subdesarrollo a la institucionalización, desde una perspectiva “etapista”. Esta última afirmación, la hacemos con plena conciencia de la dificultad que esto les supondrá a muchos lectores eurocéntricos que duermen esperando el acontecimiento de una Revolución Francesa en tierras africanas y asiáticas. Lograr que ese tipo de razonamiento entre en crisis es, quizás, la mejor muestra de que en la última década y media en América Latina se caminó y se sigue caminando.



Bibliografía

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2010): "Populismo, regeneracionismo, democracia", en *POSTdata* n°15, Abril 2010, pp. 11-30.
- BORÓN, Atilio (2002): *Imperio e Imperialismo. Una lectura crítica de un libro de Michael Hardt y Antonio Negri*, La Habana, Casa de las Américas.
- DE ÍPOLA, Emilio, y PORTANTIERO, Juan Carlos (1981): "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes", en *Nueva Sociedad*, N° 54, pp. 7-18.
- DUSSEL, Enrique (1985): *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*. México, Siglo XXI Editores.
-(2012): "Cinco tesis sobre el populismo", en VARIOS AUTORES, *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- FOUCAULT, Michel (1970): *La arqueología del Saber*, México, Siglo XXI Editores.
-(1984): *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Planeta-De Agostini.
-(1992): *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets Editores.
- GRAMSCI, Antonio (1981): *Escritos políticos (1917-1933)*, México, Siglo XXI Editores, 2ª edición.
- HABERMAS, Jürgen (1989): *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus.
- LACAN, Jacques (2006): *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- LACLAU, Ernesto (1978): *Política e ideología en la teoría marxista, Capitalismo, fascismo, Populismo*, México, Siglo Veintiuno.
-(1980): "Ruptura populista y discurso", Anexo incluido en la comunicación de Laclau, *Tesis acerca de la forma hegemónica de la política. Seminario sobre Hegemonía y alternativas populares en América Latina*, México, Morelia.
-(1990): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
-(1996): *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires.
-(1998): Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía, en *Deconstrucción y Pragmatismo*, Varios autores (MOUFFE, Chantal editora), Buenos Aires, Paidós, pp. 97-136.
-(2002): *Misticismo, retorica y política*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
-(2005): *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.



- (2006): "Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical", *Cuadernos del CENDES*, Vol. XXIII, N° 62, Caracas, pp. 1- 36.
- (2008): *Debates y combates. Por un horizonte de la política*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- (2009): Populismo: "¿Qué nos dice el nombre?", en PANIZZA, Francisco. (ed.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 51- 70.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo Veintiuno.
 - MARCHART, Oliver (2006): "En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político", en *Cuadernos Del CENDES*, Vol. XXIII, N° 62, Caracas, pp. 37-58.
 - (2009): *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Madrid, Fondo de cultura económica.
 - MARCHART, Oliver y CRICHTLEY, Simon (editores) (2008): *Laclau: Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.